
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

MEMORIA CONTRA LAS CORRIDAS DE TOROS

(PRIMER ACCESIT)

MEMORIA

ESCRITA

CONTRA LAS CORRIDAS DE TOROS

POR

Don Fernando de Anton

PREMIADA CON EL PRIMER ACCESIT EN EL CONCURSO

PROMOVIDO POR LA

SRA. VIUDA DE DANIEL DOLLFUS

Y CELEBRADO POR LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS

DE CÁDIZ

EN 26 DE DICIEMBRE DE 1875.

CÁDIZ:=1876.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE JOSÉ MARÍA GÁLVEZ.

Cuesta de la Tenería, número 1.

I.

«Gutta cavat lapidem.»

El hombre ha salido de las manos del Creador con todas las condiciones morales para perfeccionarse, ilustrando su razon, venciendo sus malos instintos y bajas pasiones.

Pero si en el órden científico el perfeccionamiento es difícil, hasta el punto de que despues de tantos siglos de incesantes investigaciones, tropezamos á cada paso con problemas insolubles, no lo es menos en las costumbres de los pueblos.

Y es que éstas despiertan nuestras inclinaciones desde la niñez, estimulan nuestros apetitos y nuestros deseos; se apoderan de nuestros sentimientos, los modifican; de nuestra voluntad, la subyugan; é imponiéndose con harta frecuencia al filósofo, al estadista, al jurisconsulto, forman, como suele decirse, el organismo moral de los pueblos.

Y es tan poderosa la influencia que egercen las costumbres en el corazon del hombre, que la sociedad tiene laureles para el poeta que exalta sus pasiones, que canta sus delirios, y para el héroe que derrama sangre inocente en fratricidas luchas; mas ¡ay! para el hombre severo y pensador, que, sobreponiéndose á las preocupaciones y malas costumbres de su época, las censura y anatematiza, solo tiene la palma del martirio.

Unicamente así se comprende que aun cuando la humanidad de etapa en etapa, haciendo altos, retrocediendo á veces, cumpla con la Ley Providencial del progreso, ley

encarnada en su naturaleza y en su conciencia, conserven los pueblos al traves de los siglos algunas de sus mas profundamente arraigadas costumbres, si bien éstas se modifican y es de esperar que se transformen y desaparezcan al fin, para dar lugar á otras mas en armonía con nuevos sentimientos, formados al calor de una civilizacion esplendorosa, cuyos límites en el progreso humano no nos es dable columbrar.

Tal acontece en nuestro Pais con la tradicional y bárbara costumbre de lidiar reses bravas en espectáculos públicos.

Estas fiestas, que las tomaron los Romanos de los Griegos reinando Tarquino el Soberbio y las introdujeron en España, han escitado, con raras escepciones, el entusiasmo de los Monarcas y particularmente de la nobleza. El pueblo ha venido tambien sintiendo frenética aficion á esa clase de espectáculos, donde corre la sangre, donde se despiertan los feroces instintos, donde se sacrifica al oro el lidiador mercenario y donde es inmolado el caballo, compañero del hombre en su triste peregrinacion por la tierra, y el toro animal vigoroso que podria ser utilísimo en la propagacion de su irremplazable especie, si es que modificándole una parte de su organismo no se inclinara humilde en el arado y ayudara al labrador en las faenas agrícolas.

No han faltado oradores sagrados, ni escritores notables que hayan clamado contra tan perniciosa costumbre. ¡Estériles esfuerzos! ¡Inútiles sacrificios!

Los pueblos han seguido pidiendo reses bravas para celebrar sus fiestas religiosas, sus triunfos guerreros y regocijos públicos, y hasta han menospreciado las leyes que se han opuesto á esos espectáculos, no titubeando en desairar los deseos de Isabel la Católica, la mas augusta de las Reinas, y los mandatos de Cárlos III, el mas magnánimo de los Monarcas.

Nos proponemos en esta Memoria, no solo combatir las corridas de reses bravas considerándolas bajo los puntos de vista económico, religioso, moral, higiénico, político y social, sino proponer los medios que podrian emplearse para

ir estinguiendo la aficion de nuestro Pueblo á esos espectáculos, que tanto afectan á su educacion, á sus sentimientos é inclinaciones.

II.

Las corridas de toros representan anualmente un gasto de 40 ó 50 millones de reales. Hay que agregar ademas los extraordinarios que motivan, como son: transportes, comidas, libaciones alcohólicas, etc.

La mayor parte de esas cantidades, puede decirse que pasan á manos puramentente consumidoras, que favorecen la disipacion y el vicio.

Y lo mas sensible es, que sumas tan considerables salen principalmente del bolsillo de los jornaleros, los cuales gastan en unas pocas horas de delirio los salarios de una semana.

Pero no es solo el perjuicio en la mala inversion de los jornales, sino que con mucha frecuencia, para asistir el trabajador á una corrida que dista 30 ó 40 kilómetros de su residencia, abandona el taller, el arado, dejando un vacío en la produccion nacional, y lo que es mas triste, que suele empeñar para tales espectáculos hasta los utensilios mas indispensables, si es que no los vende, realizándose, en este caso, la sentencia económica de que *«el que compra lo supérfluo, concluye por vender lo necesario.»*

Cuando tantos esfuerzos hacen en nuestro Pais los moralistas para que prevalezca en las clases jornaleras el amor al trabajo, á la economía, al ahorro, bases fundamentales del bienestar social; cuando dos corrientes de emigraciones, la una á América, la otra á Argelia, acusan la escasez de jornales en determinadas Provincias de España, ¿no es doloroso ver que, por medio de esos espectáculos, se desvia al

jornalero del trabajo y se fomenta el despilfarro y la disipacion?

Y por otra parte ¿no es tambien doloroso ver que cuando existen terrenos baldíos en el interior de España y estensas marismas en las costas que, mediante algunos capitales, podrian aquellos convertirse en magníficos bosques y éstas en ricos viveros que desarrollaran la piscicultura en nuestro pais, no es doloroso, repetimos, ver que cuando no se esplotan, por falta de capitales, cuencas carboníferas, ni los criaderos de hierro cuyos productos se elevarian en pocos años á mas de 200 millones, que se distribuirian entre millares de familias, se hayan gastado solo en la construccion de la plaza de toros de Madrid, once millones?

Y no es solo el despilfarro de los salarios, la pérdida de tiempo y los capitales invertidos en construcciones que ni desarrollan elemento alguno de riqueza, ni elevan el espíritu por la contemplacion de las creaciones del arte, sino que en esos espectáculos sufren muerte prematura toros que deberian ser magníficos sementales y caballos que deberian prestar servicios utilísimos á la Agricultura y á la Industria.

No hay compensacion, digan lo que quieran los *tauró-macos*, bajo el punto de vista económico, en la muerte de un caballo por los 400 ó 500 reales que obtiene el dueño que desapiadadamente lo entrega al especulador para que este lo inmole en el redondel de una plaza.

Y por otra parte no es exacto, como sostienen los partidarios de esas que titulan pomposamente *brillantes fiestas nacionales*, que produzcan grandes beneficios á la riqueza pública por el encadenamiento de las industrias, las cuales, particularmente la Agricultura, suponen que reciben poderoso impulso de semejantes fiestas.

«Las reses bravas, y reproducimos las juiciosas reflexiones del Sr. Thuillier, alcanzan un valor subido: lo sé y lo saben conmigo todos los españoles que comen malas carnes, que pagan caras, gracias á que dehesas riquísimas y que podrian alimentar gran número de cabezas, son destinadas á un pequeño número de toros que han de criarse en condi-

ciones particulares para que sean feroces en la lidia y maten muchos caballos. Nadie puede desconocer la utilidad de las dehesas destinadas á pastos; pero no se trata de eso, pues es el caso que aquí, en nuestra hermosa Andalucía, se crian pocos toros bravos donde podrian hallar abundante pasto muchas vacas y bueyes, que son destinados á otras mas pobres dehesas, porque sus carnes no darán un valor tan alto como dará el toro de casta. Para los españoles vale mas tener toros hermosos que ver lidiar, que reses sanas y gordas que destinar á su alimento: tal, al menos, se debe comprender y aun deducir de la marcha generalmente seguida. El placer bárbaro y cruel vale mas, por desgracia, que la buena alimentacion.»

Y finalmente, ¿cuánto mas beneficioso sería para la Agricultura, para la riqueza en general, que se desarrollara la cria del ganado vacuno y que además de utilizar las carnes para el alimento, aprovecharan los industriales ó los mismos ganaderos la leche para la fabricacion, en vasta escala, de la manteca y el queso, ramos de riqueza tan productivos en otras naciones, y que en nuestro pais acusan el deplorable estado de nuestras ganaderías?

III.

Y si las corridas de toros se celebran, como sucede generalmente, en dias festivos, se falta paladinamente á nuestra Santa Religion.

En los primeros tiempos del Cristianismo, nos relata el ilustrado García Mazo «se recogían las limosnas que cada uno habia preparado en la semana, y se repartían por los diáconos á los huérfanos, viudas y demás necesitados; se visitaba y socorría á los enfermos y encarcelados.»

¿Cómo se celebran en una corrida de toros?

Abandonando el hogar ó el templo, corriendo desalados como impelidos por una fuerza irresistible al sitio, donde está preparada la asistencia médica y en algunos casos hasta la Extrema-Uncion, para auxiliar á los moribundos que pueden resultar de esa diversion... ¡Una diversion! ¡Dónde el público se exalta y se pierde toda idea de conmiseracion, todo sentimiento de ternura y hasta de decoro!

«¡Qué brutalidad! exclama con indignacion el autor ántes citado, ¡querer agradar al Dios de la mansedumbre con la barbarie de una corrida de toros! ¡Con un espectáculo en que se despedaza la carne viva de unos animales inocentes y se hace saltar á borbotones la sangre por todas partes y se les vé correr y bramar lastimosamente cargados de hierro! ¡Con un espectáculo en que se vé muchas veces mezclada la sangre de los hombres con la de los toros!»

¡Repugnante y horrible espectáculo! Siempre estará fijo en nuestra memoria.

Era la tarde de un Domingo del mes de Agosto...

El Sol abrasaba.

Seguimos la corriente de la multitud, envueltos en una nube de polvo: entramos en la Plaza de toros de Barcelona. ¡Qué perspectiva tan brillante y animada!

Había allí algo de los espectáculos grandiosos de que nos habla Tácito.

Algunas hermosas damas de la aristocracia ostentaban sus ricos y vistosos trajes en los palcos, realzando con sus gracias tan magnífico diorama.

¡Ah! parece increible que esas hadas de los palacios, soles del gran mundo, halagadas desde la niñez por la fortuna, mimadas por el amor, que tiene siempre para ellas dulces acentos de ternura; cuyos sensibles nervios han sido comparados (1) á una red de hilos eléctricos, tras cuya piel diáfana y suave, tras cuyos tegidos blandos late un alma tambien blanda, ondulante como las líneas redondas de su cuerpo, animen con su sonrisa hechicera y su mirada de

(1) Eugenio Sellés.

ángel escenas de escándalo y de sangre, verdadera síntesis de la barbarie de un pueblo.

La música tocaba aires nacionales, cuyos acordes se confundían con miles de voces enronquecidas.

La primera autoridad civil de la Provincia presidía y algunos de sus agentes pugnaban por contener las reyertas que de vez en cuando se promovían en los tendidos.

Hecha la señal y al compás de la música sale, al fin, la cuadrilla.

Dos diestros lucen ufanos sus trajes de oro y seda.

Colocados todos convenientemente, suena el clarín y vemos, con viva emocion, aparecer en el redondel un hermosísimo toro negro de potentes y afiladas astas.

Despues de algunas carreras de los *chulos* se lanza colérico el toro contra un caballo. El picador lo recibe con la *vara*; la fiera retrocede y embiste nuevamente con mayor corage, produciendo un indescriptible entusiasmo en los tendidos.

El caballo cáe horriblemente herido, derribando al picador.

Ya corre la sangre en abundancia. La ébria multitud se electriza.

El toro embravecido derriba otro caballo, y otro, y otro...

El público pide caballos delirante de gozo y entusiasmo.

Los banderilleros clavan acerados rehiletes en la fiera, que corre de un lado á otro del redondel despedazada, chorreando sangre y lanzando mugidos de dolor y de rabia.

Pero cuando los instintos sanguinarios se exaltan y manifiestan de una manera indecible, es cuando tocan á muerte.

Uno de los diestros toma la espada y la muleta, y comienza la lucha entre el hombre y el bruto.

De súbito el diestro retrocede desconcertado y confuso. Le tiembla la mano que empuña la espada. ¿Ha notado algo de siniestro en la mirada de la embravecida fiera, que le ha infundido pánico ó terror? ¿Algun triste presentimiento le llena de espanto? ¿Paraliza su ardor el recuerdo de una

mujer amada, el de sus hijos quizás? El público lo advierte y brama de coraje. En aquel mar de cabezas humanas, estalla una tempestad mas terrible que las de la naturaleza.

Una voz vibrante, dominando la espantosa gritería, enciende las mejillas del diestro. Esa voz implacable inflama á los espectadores gritando: «¡Cobarde! ¡Cobarde!»

Una lucha tremenda debe estallar en el alma de aquel desgraciado. Es un minuto, tal vez ménos; pero que representa un siglo de agonía, de vergüenza, de furor, de indecision, de miedo y de cólera.

El público, fuera de sí, ahulla, increpa, rie, silva, ruje, patea, insulta y blasfema. Presentan los tendidos un espectáculo sublimemente monstruoso.

De repente el semblante del diestro se serena: lanza una mirada de triunfo á los tendidos; y con paso firme y acompasado se dirige al toro y le provoca con el adeamn y la palabra. El público comprende instintivamente que el diestro ha resuelto matar ó morir y este terrible dilema le embriaga de gozo. De pié, lívido por la emocion, entreabre la boca para dar paso á una respiracion ardorosa y anhelante y hasta abre las narices para aspirar mejor el hedor de sangre.

La fiera embiste con ímpetu al diestro, quien se ladea, la atrae, la fascina y finalmente le hunde la espada por detras de las astas.

El toro lanza un lastimero mugido; arroja un chorro de sangre por la boca; vacila unos instantes, y cae al fin en horrible convulsion, en medio de los bravos y estrepitosas aclamaciones de la electrizada multitud.

Dos hombres desarrapados, ébrios completamente, se arrojan al redondel, cojen al *valeroso matador* y lo llevan en triunfo ante la Presidencia entre los frenéticos aplausos de los espectadores, que llaman *héroe* al que ha ahogado tal vez en su corazon los más puros y delicados sentimientos del hombre.

No pudimos acabar de presenciar una funcion tan repugnante como horrible.

Aquellos caballos con los ojos vendados, pisoteándose los intestinos; aquel toro, momentos antes tan bravo y hermoso, exánime, tendido en un charco de su propia sangre; aquel aire enrarecido, aquella gritería, aquel calor, aquel polvo nos trastornaba.

IV.

Nos alejamos de aquel espectáculo donde se rebaja la dignidad del hombre y se ultraja á la moral. ¡Sí! se rebaja la dignidad del hombre, porque este no debe esponer su vida en las astas de un toro por recrear al público, por satisfacer sus sanguinarios instintos: ¡su vida! que debe toda entera á Dios, á la Patria y á la familia! Se ultraja á la moral, porque allí se insulta á la *cuadrilla*, allí se hace alarde del desenfreno mas desvergonzado y allí se dirijen unos á otros los espectadores los dicterios mas cínicos y afrentosos. Ocurriendo con frecuencia escenas de verdadero escándalo, como la que ha tenido lugar en la última corrida en la plaza de Madrid, de cuyos incidentes bochornosos se han ocupado el público y la prensa. Y se ultraja tambien á la moral, porque el hombre inmola cruelmente toros y caballos, para gozar unos instantes.

Si es lícito matar los animales que nos sirven de alimento, déseles una muerte pronta, lo menos dolorosa posible. Ese sacrificio será el uso de un derecho natural, incontrovertible, nacido de las condiciones zoológicas del hombre, de la dura ley de la necesidad; pero no es lícito recrearnos en los padecimientos, en la agonía de seres utilísimos que puso Dios en la tierra para ayuda de nuestros trabajos y reparacion de nuestras fuerzas; séres sensibles y que, como los caballos, tienen un instinto que á veces se confunde con la inteligencia. No, no es lícito atormentarlos, enfurecerlos, martiri-

zarlos, despedazarlos en medio de las risotadas y la estúpida alegría de una multitud desenfrenada. No debiendo confundir de modo alguno el uso de un derecho natural, con el abuso de la fuerza bruta á nombre de una necesidad ficticia como es la de las corridas de reses bravas.

Hay una voz que está por encima de los códigos, de las leyes, de las costumbres, que nos dice que es altamente inmoral toda lucha sangrienta realizada por el mero placer de ver correr la sangre y de poner á prueba el valor del hombre y los instintos feroces de las fieras. Esta es la voz sagrada de la conciencia, divino oráculo de nuestra vida, como ha dicho Castelar, y cuyos acentos, condensados en una celeste armonía, constituyen la moral universal.

Y no se diga, como afirma un *tauròmaco* que la costumbre de lidiar toros no es inmoral, por cuanto no lleva como funesto rastro de su existencia la muerte del hombre, sino que lo que se quiere es burlar al toro sin peligro del *torero*, para cuyo fin este tiene sus reglas, tiene su verdadero arte por principio; reglas y artes que se fundan en seguras bases, como son inclinaciones naturales y accidentales de los toros en sus diferentes clases y estados, las cuales, conocidas por la experiencia de infinitos años, han proporcionado un cálculo exacto, un problema geométrico, digámoslo así, que se resuelve en el plano de una plaza. (1)

No se apele, no, á ese sofístico razonamiento. Si el fin de esos espectáculos fuera matar al hombre, sería algo mas que una barbarie; sería, como las fiestas del Circo romano ó las piras de los etruscos, un crímen inaudito y monstruoso.

Si el fin es burlar los toros, el procedimiento es inmoral, evidentemente inmoral, por cuanto compromete la vida del hombre y dá lugar á escenas de sangre y de escándalo.

---

(1) El arte podrá disminuir el peligro, mas nunca evitarlo.

V.

Digimos al comenzar el capítulo anterior, que salimos de la plaza profundamente afectados.

La sed nos devoraba; las sienes nos zumbaban...

No es estraño.

Si las corridas de toros son contrarias á la higiene del alma, no lo son menos á la higiene del cuerpo.

La gritería y vocerio á que, ébrios de vino y entusiasmo, se entrega la mayor parte de los concurrentes, fatigan los órganos respiratorios y circulatorios produciendo en ellos congestiones mas ó menos fuertes, seguidas las mas de las veces de procesos flogísticos en los brónquios, en la sangre, etc. Es constante salir de las corridas estropeados por esa brusca gimnasia que inquieta é inconscientemente hace durante la lidia el espectador, y ronco y con tós, por efecto de la irritacion de la garganta y del pecho que ocasionan los esfuerzos de voz y el polvo de tierra que constantemente se respira en las plazas, no siendo raro ver á alguno que otro arrojar sangre por la boca allí mismo, porque predispuesto ó enfermo yá del pecho, hemotóico de antemano, ha ejercitado harto violentamente sus facultades de una manera insensata y brutal.

Es tal el entusiasmo y la animacion frenética que el espectáculo infunde en nuestro impresionable pueblo, que desde el amanecer se conoce ya el dia en que ha de verificarse una corrida. Desde muy temprano aparecen las tabernas atestadas de gentes dispuestas á la broma y á la jarana. Comienzan por tomar el aguardiente y acuden con grandísima algazara al encierro del ganado, operacion preliminar que inaugura la larga série de delirios y atrocidades que en todo aquel dia han de consumarse.

Una fuerte escitacion cerebral, ocasionada por las repetidas libaciones alcohólicas, rompe matutinamente la marcha

y predispone á los organismos á movimientos moleculares enérgicos, que, encendiendo la sangre, difunden y propagan la irritacion por todos los centros de la vida tan pronto como la funcion llega al periodo álgido de la gritería, las emociones fuertes por el entusiasmo, por la cólera ó las reyertas, ocasionando con frecuencia congestiones en órganos tan indispensables á la vida como el cerebro, el corazon, el hígado y los pulmones, (1) entrañas nobles todas y que mas ó menos salen siempre lesionadas ó con sufrimientos, á consecuencia de los escesos de todo género que en tales dias, siempre de amarga recordacion para la generalidad de las familias particularmente de jornaleros, se cometen.

Afecciones independientes de las que resultan de las contusiones mas ó menos graves; pero muy frecuentes á causa de saltar el toro la barrera, en cuyo caso corren grave peligro, no solo la *cuadrilla* y los agentes de la autoridad que acuden á conjurar el peligro, sino tambien los espectadores, los cuales caen y ruedan por las gradas, revueltos hombres, mujeres y niños, resultando no pocas lesiones; y por último en las carreras, caidas y sustos, cuando la lidia tiene lugar en las calles y plazas de una poblacion. Espectáculos estos últimos que nos traen á la memoria las escenas *taurinas* de la Edad-Media; pues si entonces, cuando los caballeros no podian matar el toro, se tocaba á desjarrete y los espectadores se lanzaban, como dice un publicista, á una, armados de chuzos y acompañados de perros y herian, desjarretaban, en esas fiestas populares y que en algunos puntos de Andalucía tienen lugar de noche con el nombre de *gallumbo*, el pueblo enfurecido, á poco de lidiar, concluye por arrojarse sobre la res fatigada, herida, despedazada, la cual en los últimos instantes de su agonía, de su rabia, suele vengarse de sus sanguinarios perseguidores hiriendo y hasta dando muerte á algunos de los que, ébrios ó confiados, se

(1) Segun *La Correspondencia de España* n.º 6.495, en la última corrida de toros celebrada en Badajoz, murieron asfixiadas dos personas.

lanzan á ella, como sucedió en presencia nuestra en Badajoz: dos desgraciados mezclaron su sangre con la del toro; el uno murió en el acto, el otro quedó gravemente herido.

VI.

Demostrado, como lo hemos hecho cumplidamente, que la reunion de miles de personas en una plaza, bajo un sol de fuego y exaltadas por el entusiasmo ó la cólera, sentimientos vivamente escitados en las corridas de toros, es contraria á la salud, pasemos á demostrar tambien, que constituyen un peligro para el órden público y ocasionan ataques al principio de autoridad.

A los pueblos latinos, se ha dicho con profundo conocimiento de nuestra raza, se les conmueve con solo reunirlos.

Pues bien, si se les reune para que presencien escenas de lucha feroz y de sangre, para que oigan las palabras mas obscenas y los dicterios mas abominables, en algunos casos hasta contra la autoridad, esa conmocion ¿no podrá predisponer los ánimos á la rebeldía?

En los momentos de una crisis política ó económica ¿no será siempre un peligro para el Estado?

Hablen por nosotros las horrorosas escenas ocurridas en Barcelona durante la primera guerra civil, al salir las turbas de la plaza de toros. ¡Jornadas terribles! ¡Espantosa hecatombe! en que corrió la sangre de hombres puestos bajo el sagrado de la Ley, víctimas de aquellas turbas desenfrenadas, que templaron su alma en una de esas *brillantes fiestas nacionales*, y que no hubieran arrojado sobre la industriosa y culta Barcelona esa mancha indeleble que la historia recordará siempre con horror, á no haberse impresionado hasta el delirio en un espectáculo que tanto exalta los malos instintos y bajas pasiones del pueblo.

Y aun cuando se haga abstraccion completa de este y otros hechos semejantes; aun cuando concedamos que no es verosímil que los perturbadores de la Nacion, esto es, los hombres funestos que afiliándose á este ó aquel partido político para esplotar el presupuesto se aprovechan de la exaltacion que siente siempre el público en las corridas de toros, para lanzarlos á las barricadas, es preciso convenir en que en esas fiestas se quebranta el principio de autoridad, principio inmanente en toda sociedad bien constituida y que, cuando se desconoce ó menoscaba, puede decirse que ha sonado en el reloj del tiempo la hora de la disolucion social.

A la menor contrariedad que el público esperimenta, se enfurece encarándose con el Presidente, esto es, con la autoridad; y si esta no se pone desde luego de su parte ó no tiene la adivinacion del gusto de los mas turbulentos, llegan á sus oidos dicterios terribles y pullas sangrientas, menoscabando así su prestigio y perdiendo en esos instantes la multitud el respeto y la consideracion que debe á la autoridad constituida.

Nuestro pueblo, que tantas grandezas ha legado á la historia por su hidalguía en el triunfo, su heroismo en la desgracia, su sobriedad en medio de producciones exuberantes y ricas, adolece, como toda la raza latina, de una imaginacion muy impresionable y de un carácter levantisco.

Ahora bien: ¿es político, es sensato escitar esas cualidades peculiares á nuestra raza, con unos espectáculos que le impresionan fuertemente, que le exaltan hasta el paroxismo y le predisponen á la cólera, cuando el servicio de la plaza, ó la *cuadrilla*, ó la Presidencia misma, no están á la altura de sus deseos ó no corresponden á sus caprichos?

¿No es, y volvemos á la primera parte de nuestro tema, hasta un crímen de lesa-humanidad hacer correr la sangre á la vista del pueblo para que goce en escenas bárbaras, para que temple su alma en rasgos de salvajismo y se electrice y se arrebate?

Ya dijimos la influencia que ejercen las costumbres en el hombre, influencia tan poderosísima que afecta á su edu-

cacion, á sus instintos, ideas y sentimientos. Pues bien; si esas escenas de sangre y salvajismo no pueden elevar el espíritu humano, sino por el contrario lo empequeñecen y degradan por las ideas y sentimientos que despiertan; si esas escenas son contrarias esencialmente á la ternura que debemos sentir, como Sócrates, hasta por los animales; si se oponen abiertamente á la cultura de una civilizacion que tiende á dulcificar las costumbres, á levantar el pensamiento en la contemplacion de las obras de arte, á ilustrar la inteligencia en el estudio, á enriquecer á los pueblos con el trabajo, á borrar las huellas de sangre que han dejado las pasadas generaciones que no reconocian la fuerza del derecho, sino el derecho de la fuerza; si finalmente esas escenas afrentan al cristianismo que en la cruz ha simbolizado el amor y la caridad, sentimientos dulcísimos que levantan el alma del polvo de la tierra con las alas de la fé y de la virtud y abren los hermosísimos horizontes de lo infinito... ¿qué estraño que el pueblo se embrutezca, se habitúe á ver correr la sangre y se rebaje y denigre? ¿Qué estraño que la estadística criminal de nuestro Pais acuse tantos homicidios? Esto sentado: ¿no es lógico, no es natural que nuestro pueblo dé hombres á todas las insurrecciones, estando dispuesto siempre á verter sangre en las capitales á nombre de la libertad que confunde con la licencia, como en las montañas á nombre de la religion que ultraja con el asesinato y el incendio?

Tan convencidos estamos de cuanto hemos expuesto, que no vacilamos en consignar que Fernando VII causó mas daño á España con su estraordinaria aficion á la lidia de las reses bravas, que con su espíritu reaccionario, que tantas insurrecciones provocó, por cuanto avivó la pasion delirante de nuestro Pueblo á esos espectáculos, que tanto habian decaido con la aversion que manifestó hacia ellos el ilustre fundador de la dinastía borbónica en España. ¡Tal es la influencia que ejercen los sentimientos de los Monarcas en las costumbres de los pueblos!

VII.

Tratadas las corridas de toros bajo los puntos de vista económico, religioso, moral, higiénico y político, réstanos considerarlas bajo el social.

Dijimos en otra ocasion que la nobleza ha venido mostrando frenética aficion á esos espectáculos. Ahora es del caso añadir que ese entusiasmo la indujo á lancear toros de muerte en la Edad Media, probando su destreza y valor; y que si dejó su puesto arrastrada por el espíritu del Renacimiento á mercenarios que debian hacer de una série de suertes arriesgadas un arte, los ha protegido gloriándose de presentar los mas bravos toros en las plazas y colmando de atenciones á los *diestros* y á sus *cuadrillas*.

De manera que una clase privilegiada que por largos siglos ha tenido importantísima participacion en la gobernacion del Estado y que, á pesar de haber perdido mas tarde los nobles rasgos y grandeza que la caracterizaban, conserva, sin embargo, una gran parte de la riqueza territorial del reino y no escasa influencia en las costumbres, ha venido apoyando espléndidamente una diversion trascendental, causa determinante, entre otras varias, del rebajamiento moral y sensible atraso de nuestro Pueblo.

Esa clase poderosa saca de su natural esfera á hombres generalmente educados en los mataderos, para encumbrarlos y ensalzarlos, los cuales comunican á la sociedad sus costumbres, sus sentimientos, sus ideas y su lenguage, impregnado de un tecnicismo chabacano, y la apartan de los Ateneos que despiertan el amor á la verdad, y de los Liceos que elevan el pensamiento del hombre por la contemplacion de las obras de arte que perfeccionan el sentimiento de lo bello, y la escitan á admirar escenas de escándalo y barbarie.

De ahí que en casinos, en cafés, en tertulias, por todas partes se discuta sobre *tauromaquia*, se comenten los lances

de una corrida de toros, se celebren las *moñas* confeccionadas por alguna *noble dama* y que, en tanto que se dan al olvido los nombres de nuestros artistas, de nuestros clásicos, de nuestros héroes, se rinda culto á la gloria de los *Costillares*, *Pepe-Hillos* y *Montes*.

Y luego causa asombro que, cuando yacía solitario en su lecho de muerte el ilustre marino que condensó toda la energía del carácter español en una célebre frase pronunciada ante las baterías del Callao, corriese solícita la sociedad madrileña á estrechar la mano de un *matador* herido de una cornada!

Es evidente á todas luces, que rebaja el trato social de nuestro País esa constante ocupacion de las corridas de toros y de las escenas que en ellas tienen lugar. Cuando tantos problemas tienen las ciencias que resolver, cuando tan altas cuestiones políticas, religiosas y económicas preocupan los espíritus en las naciones cultas, aquí pasamos una parte de la vida estableciendo paralelos entre *Frascuelo*, *Lagartijo* y el *Gordo* y preocupándonos, por ejemplo, de la corona que las damas de la Ciudad de San Roque acaban de regalar al famoso matador *Cara-ancha*, de si el toro A... era *corni-corto* ó *corni-alto*, de si *Remolino* debió morir de un *volapié por todo lo alto*, en vez de *anonadarlo el diestro para que lo rematase el cachetero*, y finalmente, de si *Frascuelo* maneja el *trapo alegrando al bicho* con la misma maestria y donaire que *Paquiro*, y de si el *Gordito* no tiene rival en *escurrir el bulto* y *capear al toro*.

Estos ó parecidos asuntos apartan indudablemente el pensamiento de cuestiones importantes, é introducen en nuestro hermoso idioma un tecnicismo tauromaco ridículo y grotesco, aún en las conversaciones formales, y crean una literatura *sui generis*, cuyo tipo podemos estudiar en la siguiente estrofa tomada al azar de una Revista taurina:

«Tocan á banderillas
y cuatro pares
le colocan los chicos
con gracia y arte.

Con nueve naturales y uno de pecho
y le dá un *mete* y *saca*
bueno, recibiendo.»

En estos mismos instantes está preocupado el público madrileño con la cuestion *grave, trascendental*, que ha dado márgen á debates acalorados en los cuales ha tomado parte la prensa y que, si Dios no lo remedia, podrá producir lamentables consecuencias.

Trátase de las diferencias que separan la suerte de *recibir* de otra suerte que se denomina *aguantar*. Y sobre si este *diestro recibió* y el otro *aguantó*, se llevan los debates á la plaza de toros donde, como dice un erudito aficionado al arte de *Pepe-Hillo* y *Montes*, se entra «en esa atmósfera de vehementes, injustificadas y odiosas rivalidades que acaban por ofuscar la razon del espectador mas pacífico, y que, léjos de contribuir á la mejora del espectáculo, tienden por el contrario, á convertirlo en candente arena de personalidades, donde se dejan á un lado los hechos del torero para descender á las circunstancias malas ó buenas, antipáticas ó simpáticas del hombre.»

Y entre tanto que todas las clases se preocupan de los toros y las cuadrillas, entre tanto que pasan las cañas de manzanilla de mano en mano con gran jarana y alegría, entre tanto que se gastan sumas considerables en ver pisotearse los intestinos los caballos arrancados á la Industria ó á la Agricultura, y corre el toro cargado de banderillas de fuego... lloran numerosas familias la muerte de un padre, de un esposo, de un hijo, acaecida en las ásperas montañas del norte ó del oriente de España, víctimas de la fratricida guerra que nos aniquila y deshonra. ¡Pobres mártires del patriotismo, que tal vez escitan ménos interés que las estocadas de *Frascuelo* y *Lagartijo*!

Desgraciado Pais! A cada catástrofe política, á cada cataclismo social ocurrido en medio de la indiferencia del pueblo, que impulsado por su pasion desenfrenada deja el hogar ó el trabajo para correr ébrio de entusiasmo á esos espectáculos sangrientos y bárbaros, nos parece oir la voz

severa de un Estadista que desde el fondo de la tumba repite: «Pan y toros.»

VIII.

Ante estas demostraciones, que no son ciertamente entidades abstratas recogidas en las altas regiones de la ciencia, ni espejismos de la fantasía, sino verdades claras, concretas que pudieramos llamar de sentido comun, nos parece oir exclamar á los apologistas de las lides taurinas: «Apesar de todo, son ménos cruentas que el pugílato, el cual existe en naciones que se precian de marchar á la cabeza de la civilizacion; son un rasgo característico de nuestro Pueblo, y por lo tanto digno de respetarse; mantienen la virilidad de nuestra raza; y finalmente, son las fiestas mas tradicionales y grandiosas de cuantas celebrar puede el pueblo Español.»

Pasemos á rebatir una por una con toda la serenidad del que defiende una causa noble, y patriótica, y justa, esas afirmaciones que tanto eco encuentran entre los partidarios fanáticos de esas fiestas que hemos llamado síntesis de la barbarie de un pueblo.

El pujilato, que es la exageracion del culto que los Ingleses y Norte-Americanos rinden á la educacion física del hombre, es, cuando toma un carácter sangriento, una de las varias formas del *duelo*, acto brutal que la razon y la conciencia rechazan, que las leyes castigan y que hasta el Concilio de Trento maldijo.

No constituye en Inglaterra ni en los Estados-Unidos una fiesta nacional, reglamentada, protegida por el Estado. Muy al contrario, la ley la castiga, el Gobierno la persigue, hasta el punto de que cuando unos cuantos especuladores sin entrañas, afrenta de esos paises, tratan de poner frente

á frente á dos atletas para que se destrocen á puñetazos y algunos jugadores desapiadados coticen sus agonías, toman un tren *express* sin designar punto, se embarcan en él con los atletas y los aficionados á tan infame tráfico y se dirigen á la frontera del inmediato Condado ó Estado, segun sea Inglaterra ó los Estados-Unidos donde deba verificarse el despedazamiento de los atletas, á fin de burlar la vigilancia de la policía que persigue un acto salvaje é inicuo, que se realiza rara vez por completo y que en honor del pueblo Inglés y Norte-Americano, debemos consignar quemerece la general reprobacion de ambas naciones.

¿Qué tienen de comun esos *duelos* penados por las leyes, perseguidos por los Gobiernos y reprobados por la inmensa mayoría de los paises donde se realizan, con las corridas de toros?

Compararlos en sumar dos cantidades heterogéneas para obtener una cantidad homogénea. Es un absurdo.

Y áun en el caso de que hubiera términos de comparacion, esto es, que constituyese el pujilato una verdadera fiesta nacional en Inglaterra y en los Estados-Unidos, ¿justificaría una barbarie otra barbarie?

Si no puede el feroz pugilato, ni aun hipotéticamente justificar la lidia de toros, tampoco justifica estas fiestas el que sean un rasgo característico de nuestro pueblo. Es evidente que se han modificado mucho las cualidadesesenciales de nuestro carácter nacional; es evidente que la nobleza, por ejemplo, desde las intrigas palaciegas de la casa de Austria, ha venido perdiendo aquella varonil altivez que le era peculiar; y es evidente, en fin, que no encontramos ya en nuestro Pais aquella fé religiosa que dió tantos mártires al cristianismo, aquel amor pátrio levantado que produjo hombres del temple de Guzman el Bueno y aquellos héroes de la historia, que pareciéndoles pequeña la Península para sus glorias, llevaron los pendones de Castilla, de Flandes al Asia, de Africa á América, pero dígasenos: ¿porque se haya modificado nuestro carácter, porque hayan desaparecido una gran parte de los usos y costumbres que hacian tal vez

de nuestro pueblo una especialidad en Europa, es razon para que las lidias de toros se impongan á la razon y á la conciencia, á título de que constituyen un rasgo de nuestro carácter?

¡Ah! Los rasgos característicos que deben procurar mantener los pueblos contra el espíritu de innovacion que agita á las sociedades modernas, son los que revelan la grandeza, la virtud, el talento y el heroismo de un pueblo, de una raza.

El amor á las artes de Italia, por ejemplo, el amor al progreso humano de la Alemania, el amor al trabajo de la Gran Bretaña y el espíritu de independencia de nuestro Pais, que se ha revelado siempre poderoso, indomable y fiero, cuantas veces han intentado hollar su suelo plantas invasoras estrangeras.

Dejando á un lado las afirmaciones que hemos analizado, de las cuales resultan dos lógicas conclusiones que están al alcance de cualquiera, vamos á hacernos cargo del argumento mas generalizado y encarnado en la multitud y aun en personas que pasan por doctas; esto es, que las corridas de toros mantienen la virilidad de nuestro Pueblo.

¡Craso error! ¡aberracion lastimosa! Los Estados-Unidos no conocen semejantes espectáculos, les repugnarían seguramente; y sin embargo, ¿ese Pais que por sus obras grandiosas, sus instituciones políticas, sus adelantos en la industria, en el comercio, en la navegacion, ha merecido el nombre de coloso del continente americano, ha perdido acaso la virilidad que llevó á su suelo la raza Anglo-Sajona? ¿No ha probado reciéntemente su energía, su vigor, su fuerza en una guerra de titanes? Y la Prusia misma, pueblo tambien culto, industrial y humanitario ¿no ha probado en la última guerra con Francia que conserva cuando menos tanta virilidad como aquellos galos que decian con sobrada arrogancia, que si la bóbeda del cielo se desplomára la sostendrian con las puntas de sus picas?

Desengáñense los apologistas de las lidias taurinas, lo que sostiene la virilidad de un pueblo, es el trabajo muscular,

que endurece los miembros y les dá enerjía; es la sobriedad, que mantiene la salud; es la vida del derecho, que eleva la dignidad del hombre; y finalmente la moral, que determina el bien; porque cuando faltan á un pueblo las condiciones esencialísimas que hemos apuntado, los vicios enervan el cuerpo y exaltan el alma en un constante delirio; la inteligencia se estravía, la virtud decae, el grosero sensualismo domina. ¡Ay de esos pueblos! Bien pronto se verán invadidos, hollados por otros fuertes, enérjicos y virtuosos, que lleven por bandera un Dios y una Patria honrada.

Esa falta de virilidad la encontramos patentísima en Roma en tiempo de Tiberio y en nuestra Patria en tiempo de D. Rodrigo.

Refutado tan baladí argumento, pasemos á hacernos cargo del no menos baladí de que las corridas de toros son el espectáculo mas grandioso y tradicional de cuantos celebrar puede el pueblo Español.

¡Ah! para los defensores del arte de *Paquiro*, importa poco que se resientan los intereses del pueblo, la moral y hasta el buen gusto, con esas perniciosas fiestas. Todo, absolutamente todo, debe sacrificarse al placer de un dia, á la animacion febril de un pueblo entusiasmado, al recuerdo quizá de que en esas fiestas tomaron parte el Cid Campeador y Cárlos I, los dos héroes principales de nuestra historia, y en las cuales dejaron inmortalizados sus nombres los caballeros cristianos juntamente con los de los Mozas, Maliques y Gazules.

Si todo debe sacrificarse á la magnificencia, retrocedamos á los Circos romanos, reconstruyamos los anfiteatros de Itálica, Toledo y Mérida, levantemos allí estátuas traidas de la Grecia y obeliscos del Oriente, altares de pórfido, monumentos simbólicos llenos de gracia y belleza, lancemos á la arena, salpicada de polvo de oro, de carmin y de minio, á los criminales, á los prisioneros de guerra, á los mercenarios y al son de las músicas y de los gritos de una inmensa multitud electrizada por tanta magnificencia, que corra la sangre de los gladiadores, ya en lucha fratricida, ya desgarrados por

fieras ó bien en simulados combates navales, donde figuren ninfas y monstruos marinos, que sobrepujen á los espectáculos que embriagaron de gozo á Neron y á Calígula é hicieron aspirar el vapor de sangre á la nobleza, á los plebeyos y esclavos.

Y si no parecen bien esos espectáculos ¿por qué no retrocedemos á los torneos y á las justas?

¿Se quiere tradicion?

Allí la encontraremos llena de poesía.

¿Se quiere magnificencia?

Allí podremos inspirarnos en el lujo y en el esplendor.

Si no es posible reproducir las hecatombes que horrorizaron á Constantino, si no podemos volver á la Edad-Media, pues si las estaciones vuelven porque Dios ha trazado una órbita al planeta, las épocas no vuelven jamas, porque hay un misterioso encadenamiento de hechos históricos que conduce á la humanidad hácia el progreso aun á pesar suyo, y esta es la portentosa obra del Creador que ha inspirado en la mente del hombre la idea de un *mas allá,* que afanoso busca acá en la tierra y que el corazon nos dice está en el cielo; si no es posible, repetimos, retroceder porque se opone una ley divina ¿cómo es posible, sin oponernos al espíritu de progreso, sin revelarnos contra nuestra naturaleza, sostener esos espectáculos que repugnan á la razon y á la conciencia y que contribuyen á alejarnos del concierto de Europa? ¡De Europa! que oye con horror ó despreciativo desden, la relacion de unas escenas mas propias de la ferocidad africana, que de un pueblo que hace alarde de seguir el movimiento de la civilizacion moderna.

IX.

Dedúcese de todo lo espuesto:

1.° Que las corridas de toros son anti-económicas, por-

que ocasionan considerables gastos á las clases jornaleras, las cuales, derrochan en unas cuantas horas de delirio el salario de una semana; porque las aparta del trabajo, dejando un vacío en la produccion nacional; porque, en tanto que yacen en proyecto innumerables obras de pública utilidad, se gastan millones en la construccion de plazas inútiles para la produccion y para el arte; y porque perecen toros y caballos por el bárbaro placer de unos instantes, que podrian ser utilísimos á la Agricultura y á la Industria.

2.° Que son anti-religiosas, porque los dias festivos han sido consagrados por la Iglesia al descanso, á la práctica de la virtud y á la piedad y no á unos espectáculos que exaltan las malas pasiones del público, que motivan desórdenes y estravios licenciosos y son, en fin, la verdadera apoteósis del barbarismo, degradacion y decadencia de un Pueblo.

3.° Que son anti-morales, porque rebajan la dignidad del hombre, el cual espone su vida por el vil interés ó por satisfacer los feroces instintos de los espectadores; porque se hace alarde de brutalidad y desenfreno y se inmolan cruelmente animales utilísimos, en medio de la pública algazara y estúpido regocijo.

4.° Que son anti-higiénicas, porque fatigan los órganos respiratorios y circulatorios, no solo por la gritería y la natural emocion, sino tambien por los escesos de todo genero que originan, provocando lesiones mas ó menos graves en entrañas nobles, como el hígado, los pulmones, el cerebro y el corazon.

5.° Que son anti-políticas, porque predisponen al público á la rebeldía, exaltándole, incitándole á derramar sangre y provocan desacatos á la autoridad y cuyas funestas consecuencias se tocan en las violentas insurrecciones que desgarran á nuestro Pais.

6.° Que son anti-sociales, porque las clases elevadas sacan de su natural posicion á hombres generalmente educados en los mataderos, los cuales les comunican sus costumbres y hasta su lenguaje, introduciendo, aun en las conversaciones formales, un tecnicismo tauromaco ridículo

y chabacano; apartan á la sociedad de los Ateneos que ilustran y de los Liceos que perfeccionan el sentido estético con la contemplacion de las obras de arte, y la incitan á contemplar escenas de crueldad y salvajismo, impropias de un Pais culto.

7.º Que no tienen término de comparacion con el feroz pugilato, por cuanto este no constituye en Inglaterra, ni en los Estados-Unidos de América, una fiesta nacional; sino un crímen penado por las leyes y perseguido por la policía.

8.º Que no deben subsistir porque constituyan un rasgo característico de nuestro Pueblo, pues los rasgos que estos deben mantener, son los que revelan grandezas y virtudes; no feroces instintos y hábitos de lucha y escándalo.

9.º Que no mantienen la virilidad de nuestro Pueblo, por cuanto esta existe en otros paises mas adelantados que el nuestro; porque la energía de una Nacion se sostiene con el amor al trabajo, la dignidad personal, el sentimiento del deber que produce las virtudes privadas fuente de las sociales, constituyendo unas y otras la verdadera grandeza moral del individuo y la fortuna de un Pueblo.

10. Que no deben sacrificarse á la tradicion y á la magnificencia de un espectáculo los intereses materiales y morales del Pais; pues en el primer caso, deberiamos retroceder á las Justas y Torneos, en el segundo á los Circos Romanos; en aquellos, podríamos inspirarnos en la poesía caballeresca de la Edad-Media; y en estos, en las cruentas pero grandiosas escenas que embriagaron de gozo á Neron y á Calígula, monstruos de la Historia.

X.

Espuestas las anteriores conclusiones, réstanos proponer, si bien sintéticamente por la falta de espacio, los medios que podrian emplearse para ir desarraigando en nuestro

País la bárbara costumbre que hemos combatido.

Pero antes, séanos lícito hacer una ligera digresion que conviene á nuestro propósito. Las buenas costumbres, se ha dicho con sobrada razon, resultan de un complejo de circunstancias, cuyo equilíbrio debe ser constantemente mantenido.

España, por una série de sucesos deplorables nacidos entre otras causas del brusco choque de las ideas modernas con el apego á antiguas creencias y viejas instituciones, ha venido perdiendo ese equilibrio; y por otra parte los gobiernos, lejos de mantenerlo con potente mano, lo han roto muchas veces, pudiendo presentar, como irrecusable prueba, el Real Decreto de 28 de Mayo de 1830 mandando crear una escuela de tauromaquia en Sevilla para que el Pueblo afinase el gusto y aficion al toreo, en tanto que debiera ver indiferente cerrarse las Universidades, templos del saber donde se libra el hombre de la peor de las servidumbres, la de la ignorancia.

Teniendo en cuenta esa tradicional proteccion que los gobiernos han dispensado á las corridas de reses bravas; teniendo en cuenta la índole especial de nuestro Pueblo que tantas veces se ha impuesto á los gobernantes, arrancando con tumultuosas manifestaciones y motines, resoluciones desastrosas, (1) y teniendo en cuenta finalmente, que esas llamadas *brillantes fiestas* nacionales han alcanzado en nuestros dias un entusiasmo superior al de los reinados de Alfonso VIII y Fernando VII, sería impolítico é inútil tratar de obtener del Gobierno un Decreto antitético al que hemos citado, porque aun cuando se pudiera conseguir daría el mismo resultado que la Pragmática-sancion de Cárlos III y órdenes posteriores de Cárlos IV; tal es, como ha dicho un publicista, la suerte que corren los mandatos que chocan abiertamente con la índole y las costumbres de los pueblos.

---

(1) Entre otras, la expulsion de los Judios y la creacion del Santo Oficio.

Es indispensable, pues, para conseguir el fin apetecido, sin violencia de ningun género, apelar á medios lícitos, indirectos y complejos que no soliviánten á esa irritable y levantisca reina sin cetro ni corona que se llama la opinion pública. En primer lugar, es preciso apelar al fecundo principio de asociacion, comparable á los rios en su nacimiento, en su desarrollo, en los inmensos bienes que reportan al mundo.

La ciencia, para romper las cadenas que la oprimian un tiempo, necesitó de Copérnico, de Kepler, de Galileo... para librar á nuestro Pueblo del fanatismo tauromaco, y todo fanatismo es una servidumbre, no necesita de génios, ni de mártires. Bastará solo el esfuerzo enérgico, perseverante, de los que se asocien á la patriótica, humanitaria y levantada empresa de acabar con esos espectáculos en todas sus manifestaciones. Empero, ¿cómo aunar las voluntades en un sentimiento comun? ¿Cómo dirigir sus esfuerzos? ¿A quién cabrá la gloria de iniciar tan hermoso pensamiento?

La Sociedad protectora de los animales y las plantas de Cádiz, podria iniciar la formacion de la Asociacion, dirigiéndose al Clero que por su mision y hasta por la Ley de Partidas y la voluntad de Pontífices como Gregorio XIII y Clemente VIII, está divorciado de tales espectáculos; á las damas que no hacen público alarde de un corazon empedernido y de una moral fácil que les permite presenciar sin ruborizarse bochornosas escenas; á los catedráticos, á los maestros de instruccion primaria, á todas aquellas personas, en fin, que por su posicion social, por su talento y cultura, podrian robustecer la Asociacion, la cual debería tener por lema: Moralidad y Trabajo.

Constituida la Asociacion debería:

1.° Fundar un periódico que hiciera una activa propaganda contra las corridas de reses bravas.

La prensa periódica, que en otras naciones mas cultas cumple su elevada mision de ilustrar al público presentándole un dia y otro dia el bien, la verdad y la belleza, en nuestro Pais es, salvo honrosas escepciones, la voz servil de

la política egoista y personal de los partidos y de las exaltadas pasiones de la multitud. De ahí que la generalidad de los periódicos, en vez de oponerse á la ciega aficion al toreo de la mayoría de nuestro Pueblo, haga alardes de entusiasmo al publicar una Revista de Toros, al dar á conocer los pomposos programas de los empresarios de las Plazas, y fomentar tan funesta y tradicional pasion, aplaudiendo la destreza de este *matador*, la soltura y valor de aquel *banderillero* y el empuje del toro que arrancó los intestinos á diez caballos y mató á otros tantos.

Por eso la Asociacion debe fundar un periódico y áun ejercer su influencia sobre la *prensa*, para que moralice al pueblo y no lo corrompa; para que eleve su espíritu en el estudio y no lo estravíe ni estimule á la contemplacion de escenas tan horribles como repugnantes.

2.° Escitar al Clero para que, apoyándose en el Evangelio, combata esas fiestas en el púlpito.

3.° Celebrar concursos literarios en las Capitales de Andalucía, donde se premien las mejores composiciones sobre el medio de estinguir las corridas de reses bravas.

4.° Conseguir de los maestros de instruccion, que den á leer á los alumnos las obras premiadas en esos concursos.

5.° Influir para que los empresarios de las corridas de toros cubran el vientre de los caballos con cuero, á fin de evitar que esos nobles é inteligentes animales se pisoteen los intestinos en el redondel de las plazas.

6.° Proteger el establecimiento de circos ecuestres en que se supriman las luchas de fieras y las suertes arriesgadas de *zampillareostatacion*. Los circos pueden hacer una saludable competencia á las corridas de toros y por eso conviene fomentarlos. Las funciones que se celebran en los circos son menos sangrientas, menos bárbaras, menos inmorales que las corridas que combatimos; en los circos reina la animacion y no el escándalo, la alegría y no la licencia. Se admira la belleza de la forma humana y no la ferocidad del toro; se aplaude el valor sereno y no la barbarie; se despierta en la juventud la aficion á ejercitar sus fuerzas

físicas y no el deseo de ver correr sangre; se eleva el espíritu en la contemplacion de verdaderas suertes artísticas en las que brillar pueden ráfagas de génio en cuadros plásticos y pantomímicos, susceptibles de maravillosos adelantos, y no se envilece el público provocando á la *cuadrilla* á que se sacrifique á sus feroces y exaltados instintos.

7.° Despertar por medio del libro, del periódico, del púlpito la aficion á las romerías dominicales, tan frecuentes en otros paises, principalmente en Suiza.

El amor al campo desarrolla una costumbre conveniente á la higiene del alma y á la del cuerpo. Aparta al trabajador de la taberna donde se envenena y rebaja, de las corridas de toros donde se embrutece y de los *clubs* donde oye tronar contra los poderes constituidos, donde predispone su espíritu á la insurreccion que le debe perjudicar, si es que vendido por sus mismos oradores no espía en la cárcel ó en el cadalso su ignorancia y exaltacion política.

El amor al campo despierta dulces sentimientos en el corazon del hombre: bajo un cielo purísimo, bañado con los resplandores del Sol, y en presencia de la naturaleza, no se despiertan las bajas pasiones, ni acude la blasfemia á los lábios del impío.

Los lazos de la familia se estrechan en esas romerias; los hijos pequeñuelos saltan gozosos en las praderas; sus madres les llevan la comida, la merienda, y bajo un árbol, entre flores, teniendo delante un risueño panorama y encima la bóveda del cielo que nos convida á la meditacion, á sentir palpitar la Omnipotencia Divina, se aduermen los malos instintos y se despiertan sentimientos de amor y de ternura que hacen santa la familia. (1)

Mediante estos procedimientos, la Asociacion podria ir

---

(1) Si alguna duda pudiera caber sobre la influencia que ejercen en el corazon humano la contemplacion y estudio de la naturaleza, queda desvanecida con solo leer los resultados portentosos que ha obtenido en varios puntos del estrangero el sistema pedagógico de Froebel bajo la denominacion de *Los Jardines de la Infancia*.

modificando la índole, las inclinaciones de nuestro Pueblo, moralizándolo é instruyéndolo y vencer poco á poco, con la perseverancia de la gota de agua que atraviesa los peñascos, esa fuerza de inercia que tiene toda costumbre arraigada, tradicional, concluyendo por estinguir la aficion á esos espectáculos que exaltan la naturaleza meridional de nuestro Pueblo y mantienen vivo sus hábitos de lucha y holganza; y cuya estincion será el feliz comienzo de una regeneracion social apetecida, que abrir debe nuevos y hermosos horizontes á esta nuestra Patria amada, teatro un tiempo, como ha dicho un tribuno, de portentosos acontecimientos y de heróicas hazañas y en cuya historia encontramos instituciones liberales, famosos descubrimientos, sábias legislaciones y sobresalientes ingénios, porque ella, con paso firme y magestuoso, alimentada por el soplo del Eterno y llena, como siempre, de su proverbial gravedad, llevaba en su mano la antorcha de la civilizacion, esparciendo por todas partes la luz y la vida.

ÍNDICE.